

recibieran, si alguno ó algunos de esos puntos caian ó no en poder del enemigo, pues de lo que debian cuidarse era de defender cada uno honrosamente sus parapetos y reductos, aunque la ciudad quedara convertida en escombros, y no hubiera ya medio alguno de salvarla, peleando cada uno en los puntos encargados á su defensa, hasta caer muertos ó prisioneros en ellos; pues que estaba resuelto, porque así me lo aconsejaba el honor y el deber, á que si la fortuna no nos era favorable, no salvar de la plaza ni un cartucho ni un proyectil, ni un hombre ni un cañon, y á defender á la ciudad hasta en su último atrincheramiento, para que pudiéramos decirle en él al general del ejército invasor, cuando ya humanamente no nos fuera posible poder continuar la lucha: *No podemos ya defendernos; no te pedimos garantías; ven y ahórcanos si quieres.* Tales fueron mis palabras.

Al preguntar si se hacia la protesta, si se levantaba la acta, y si prestaban, no como soldados sino como ciudadanos, su aquiescencia para ello, todos se levantaron de una manera simultánea para aprobar cuanto habia dicho. No hubo discusiones, no hubo esplicaciones, no hubo objeciones de alguna especie: á mi incorrecto discurso solo sucedieron lágrimas, lo que me demostró que mis palabras no eran otra cosa, sino lo que formaba la conciencia de todos, lo que estaba en el sentimiento de todos.

Manifesté tambien: que aquella acta quedaria oculta mientras pasaban los sucesos que se esperaban en Zaragoza, para no desvirtuar su objeto, y para que ella misma testificara en lo sucesivo, cuales habian sido las resoluciones que se tomaron en las horas mas frias y glaciales de los acontecimientos, y dijera al gobierno supremo de que manera se habian cumplido sus órdenes y llenado sus deseos; y á la nacion, en que términos habian comprendido sus hijos sus deberes, y como los habian llenado.

La base de mis proyectos estaba puesta ya. La fortuna me habia comenzado á sonreir para realizarlos.

Yo por un principio de noble orgullo y de amor propio, queria tener la honra de escribir aquel documento, donde el cuerpo de ejército de Oriente, por medio de sus jefes de alta graduacion, iba á dejar consignada una espresion de heroica y sublime abnegacion, un voto de austeridad militar y de patriotismo, y por lo mismo diferí aquel trabajo material de un dia para otro, y de este para aquel, hasta la llegada del ejército frances á la plaza, sin que el carácter urgente de la multitud de quehaceres que me rodeaban, me hubieran permitido llenar mi deseo en este punto. El documento, pues, no fué escrito materialmente, pero su contenido quedó consignado solemnemente en una protesta hecha por generales y jefes pundonorosos y escrito en el corazon de cada uno de ellos.

En el acto señalé los puntos que debian defender á cada uno de los jefes que mandaban divisiones y brigadas.

Encargué la defensa de la línea que quedaba comprendida entre los fuertes de Loreto, Guadalupe y la Misericordia, ó sean 5 de Mayo, Guadalupe é Independencia, incluso dichos fuertes, al señor general D. Felipe B. Berriozábal, que mandaba la primera division. El primero de los fuertes mencionados quedó á las inmediatas órdenes del señor general Hinojosa, el segundo á las del señor general Gayoso, y el tercero á las del señor general Osorio.

La línea comprendida entre los fuertes de Santanita y San Javier, ó sea el Demócrata é Iturbide incluso estos últimos, la encargué al señor general D. Florencio Antillon, que mandaba la tercera division, quedando por entonces encargados tambien, del primero de dichos fuertes el señor coronel Macias, jefe de una de las brigadas de Guanajuato, y del segundo el señor general Rojo jefe de otra de las de Morelia.

La línea comprendida entre los fuertes del Cármen ó sea Hidalgo y Morelos, la encomendé al señor general D. Francisco Alatorre, que mandaba la cuarta division, quedando el primero de los fuertes referidos á las órdenes del señor general

Ghilardi, y el segundo á las del señor coronel, hoy general, D. Miguel Auza.

La línea comprendida entre los fuertes de Zaragoza é Ingenieros, la dejé á las órdenes del ilustre y malogrado general D. Ignacio de la Llave que mandaba la quinta division, quedando encargado del primero de dichos fuertes el señor general Pinzon, y del segundo el señor general Patoni.

El señor general Mejia que mandaba una brigada suelta, estando á las inmediatas órdenes del cuartel general, quedó encargado de la defensa del perímetro interior de la plaza.

El señor general D. Miguel Negrete, á cuyas órdenes se encontraba la segunda division, quedó formando con ella la reserva general del cuerpo de ejército.

Con justicia ó sin ella, pero mas bien como resultado de la agitacion en que se hallaban los ánimos y el estado de exageracion á que habia llegado el sentimiento pátrio respecto de la defensa de la plaza, existian fuertes diferencias entre el jefe del cuerpo de ingenieros coronel D. Joaquin Colombres, para quien oficialmente pedí al supremo gobierno el empleo de general de brigada, y los principales jefes del referido cuerpo de ejército. A consecuencia de esto tuve una conferencia reservada con el citado señor coronel, la que dió por resultado que ese científico y patriota jóven me dijera: que lo separara del mando del cuerpo de ingenieros, aunque la plaza se hallaba ya en vísperas de ser atacada, porque no queria interponer con su persona, que valia tan poco, la mas ligera dificultad al cuartel general, en momentos en que éste, por convenir asi al bien de la patria, debia alejar todo motivo de desunion, todo pretesto de discordia, para dejar que en el horizonte militar que iba á presentársenos, solo jugaran pasiones grandes y elevadas. Asi lo hice, separándolo de la comandancia del cuerpo de ingenieros para utilizar sus servicios en mi estado mayor.

Refiero este hecho, señor ministro, porque el ciudadano coronel Colombres se halla hoy fuera de la República, preso y

en un país extranjero, porque ese hecho, como otros muchos, quise dejarlo en la oscuridad para no herir susceptibilidades, y porque yo veo mas grandes á los hombres sobreponiéndose á sus propias pasiones, en bien de su patria y de sus semejantes, que presentándose al fuego y á la metralla enemiga.

Con el mas vehemente deseo de acertar, para corresponder así á la confianza que el magistrado supremo de la nacion me dispensara, y para no comprometer voluntariamente en lo mas mínimo los intereses del cuerpo de ejército que estaba á mis órdenes y por consecuencia de esto los de la nacion toda, habia pedido anticipadamente un plan de defensa que comprendiera todas las ideas generales compatibles al estado en que se hallaba la plaza, previendo, hasta donde fuera posible en el mismo plan, la actitud que pudiera tomar el enemigo.

Este documento lo recabé del señor general cuartel-maestre, por ser un deber de él mismo proporcionármelo. El señor general Mendoza, ademas de sus conocimientos militares, reúne otros locales respecto de la ciudad y sus alrededores, por ser oriundo de Zaragoza, que no poseía ningun otro general.

Otro documento de esta misma clase pedí reservadamente al señor coronel Colombres, para tener puntos de comparacion, y por medio de ellos, mas facilidad de indagar la verdad, ó lo mas conveniente en un asunto de tanta importancia.

La razon que tuve para dirigirme á este señor y no á algun otro de nuestros generales, fué la siguiente. Colombres es hijo de la ciudad de Zaragoza, ingeniero, y posee prácticamente conocimientos en el arte de la guerra. Fué ademas el que, mandando el cuerpo de ejército de Oriente el malogrado general Zaragoza, concibió el proyecto de fortificar la ciudad por medio de fuertes bastionados y aislados unos de otros, cuyo proyecto puso en ejecucion, prévia la orden del referido general en jefe, y la respectiva aprobacion del ciudadano presidente.

Cuando esos documentos se hallaban en mi poder, no quise discutir el contenido de ellos con sus autores, por creer-

lo así conveniente, no obstante haberlo solicitado ambos. El señor general Mendoza me entregó un apéndice ó sea complemento del primer plan que habia formulado, y que contenia algunos puntos importantes de que habia hecho omision en aquel.

Los demas trabajos científicos y estratégicos que requeria la plaza, se habian concluido ya: en ellos prestó muy importantes servicios el citado señor general cuartel-maestre y los ingenieros que trabajaron bajo su inspeccion, cuyos nombres no doy aquí por no recordarlos. Todos los documentos en que constan esos trabajos, se han salvado, y el supremo gobierno no podrá juzgar de su mucha ó poca importancia, sino cuando tenga la honra de remitírselos.

Creo tambien conveniente decir al supremo gobierno: que del plan de campaña que habia formado mi antecesor, el demócrata general Zaragoza, segun pude inferirlo por sus disposiciones prévias no porque respecto de ésto me dejara documento alguno, solo hice las variaciones siguientes.

1.º Abandonar el proyecto de defender las Cumbres de Aculcingo, que habian comenzado á fortificarse con parapetos pasagerísimos y de campaña, con solo el objeto de causar algunos males al enemigo. Este proyecto lo abandoné, porque con él iba á dársele á aquel una victoria, en cambio de algunos centenares de muertos que pudiéramos hacerle, aumentando en consecuencia la moral del ejército frances, todo lo que iba á disminuir la del nuestro.

2.º Reunir en la plaza de Zaragoza todos los elementos de guerra que estaban diseminados desde el Puente Nacional, hasta la fortaleza de Perote, y desde la fortaleza de Perote hasta el Palmar.

3.º Aumentar los fuertes que circumbalaban la plaza de Zaragoza con los que se levantaron, por mi orden un poco despues, y que llevaban los nombres de Zaragoza, Morelos y el Demócrata; cuyas modificaciones fueron tambien aprobadas por el supremo gobierno.

Los movimientos y aprestos que se notaban en fines de Febrero en el campo enemigo, indicaban ya con toda claridad que el dia del combate se aproximaba, y así se lo manifesté al ciudadano ministro de la guerra por medio de mensajes telegráficos. En vista de ésto, tuve una conferencia con el señor general Paz, comandante general de artillería, respecto del estado de municiones y parque existentes en la plaza, y tanto yo, como dicho señor, juzgamos ineficaces los que habia para llenar el objeto á que estaban destinados, por su poco número, y muy especialmente por la falta de pólvora para utilizar todos nuestros proyectiles.

El señor general Paz, me dirigió una comunicacion, en la que me decia, el estado que guardaba nuestro parque, y que necesitaba, de absoluta é imperiosa necesidad y con cuanta prontitud fuera posible, unos setecientos quintales de pólvora. Me decia tambien: que la manifestacion y pedido que me hacia, era para salvar la responsabilidad que pesaba sobre él mismo, en el caso desgraciado en que, por falta de parque, sufriera una derrota el cuerpo de ejército de Oriente.

A mi vez, porque era mi deber y porque quise tambien eximirme de toda responsabilidad, transcribí dicha comunicacion, con el carácter de muy reservada, al supremo gobierno, de la que obtuve la contestacion respectiva, ofreciéndoseme en ella, que se me remitirian oportunamente los elementos de guerra que pedia, y que para ello el gobierno estaba haciendo toda clase de sacrificios.

Efectivamente, yo soy el primero, señor ministro, en reconocer y admirar los esfuerzos hechos entonces por el supremo gobierno; mas la situacion en que se hallaba era en extremo difícil, y apenas podia satisfacer por lo mismo las mas imperiosas exigencias de aquella; y mas si se tiene en cuenta que todos nuestros elementos de guerra habian concluido en una lucha de cinco años, lucha que el pueblo mexicano sostuvo en defensa de sus derechos, contra las clases privilegiadas de nuestra sociedad.

No contento con esto por mi parte, mandé el día 22 del mismo mes de Febrero, en comision cerca del supremo gobierno, á los señores coroneles Auza y Colombres, con el objeto de que le manifestáran de viva voz, la necesidad que habia de que se aumentáran el parque y los víveres con que contaba la plaza, y de que se sustituyeran los últimos, que se estaban consumiendo entonces, con algunas cantidades de numerario que se ministráran al ejército, para poder reservarlos y hacer uso de ellos en el asedio que probablemente sufriria la ciudad. La autoridad suprema atendió á mis comisionados, y ordenó que se remitieran con toda prontitud, las cantidades que necesitaban mis tropas para su manutencion: ofreciendo al mismo tiempo remitir oportunamente el parque y víveres que se pedian.

Sin destruir ni barrenar el pensamiento general que habia adoptado para la defensa de la plaza, permití á los señores generales encargados de las líneas y de los fuertes, así como al que habia encomendado el perímetro interior de la misma plaza, que se hicieran en los puntos, cuya defensa les correspondia, todas las obras de zapa que aun faltaban para que los fuertes tuvieran el poder y consistencia que se habia querido darles, que concluyeran y aun comenzáran á hacerse las abatidas y trampas al frente del saliente de los bastiones, y que bajo su inspeccion se aspilleráran todos los edificios que se hallaban cerca de los mismos fuertes y los que daban á la campaña alguno de sus frentes ó costados, para cuyas operaciones puse ingenieros á las órdenes de los referidos generales.

Me es grato y satisfactorio manifestar á V. que en esos trabajos hubo una emulacion patriótica entre unos y otros generales y jefes del cuerpo de ejército que mandaba, entre unos y otros oficiales, y aun entre unos y otros individuos de la clase de tropa. Todo esto era un ligero presagio de que los soldados de Oriente le consagraban á México, su sangre, su trabajo y cuanto valian.

El señor general Berriozábal trabajó con actividad y sin

descanso sobre los cerros, teniendo por coolaboradores á los generales que estaban á sus órdenes, lo mismo hicieron en sus respectivas líneas, y sin que el primero les aventajara en lo mas mínimo, los señores generales Antillon, Alatorre y Llave. El señor general Negrete con los generales Escobedo, Rioseco y Prieto, que mandaban las brigadas de su division, sobrepujó en esos mismos trabajos á las esperanzas del cuartel general: lo mismo hizo por su parte el señor general Mejía. Injusto seria si en este punto no hiciera una mencion muy especial y honorífica del modesto cuanto valiente general Patoni.

En principios de Marzo, el señor presidente, acompañado de su ministro de relaciones, visitó la plaza de Zaragoza; ahí volví á manifestarle la urgencia que habia de que se me remitieran los elementos pedidos anticipadamente, y ahí volví á recibir nuevos ofrecimientos de que oportunamente se me harian los respectivos envios.

Por los mensajes telegráficos y comunicaciones reservadas que recibí del señor ministro de la guerra, supe que el supremo gobierno habia hacinado una gran parte de los elementos que necesitaba la plaza, que unos venian ya en camino y con direccion á ella, y que los otros se remitieron tambien un poco despues; pero los sucesos se precipitaron y ya no fué posible introducirlos á la ciudad para contar con ellos en su defensa.

Los viveres y municiones de guerra existentes en nuestros almacenes, estaban calculados para treinta dias, fundando el cálculo respecto de las últimas, sobre ataques fuertes y continuados á la plaza durante los citados treinta dias.

Este fué el término, segun lo que entendí, en que el supremo gobierno creyó que se resolvía la cuestion de armas, creencia de que participé yo tambien, fundándome en el brio y arrojo proverbial del ejército frances, y en la valentia y patriotismo del nuestro. Creí tambien que la resolucion de ese sangriento problema no sería otra que la destruccion de ambos ejércitos, porque juzgé que el invasor iba á atacarnos de una manera ruda, temeraria, inusitada. Y si bien sus ataques y asaltos fueron llenos de enterea y brio, retrocedió cuando

los hechos convencieron á sus generales que su ejército caminaba á un abismo, como lo demostraré en esta misma nota y en su lugar respectivo.

Los estados de fuerza, municiones y víveres que habia en la plaza, al comenzarse el asedio, existen en el ministerio de la guerra, y yo los acompañaria á este parté para comprobar mis aceberaciones, si pudiera disponer de ellos á la vez; pero me reservo hacerlo, cuando remita los demas documentos comprobantes de esta nota.

El enemigo ocupaba el dia 15 de Marzo los puntos de Amozoc, Animas y Chachapan, que se hallan á pocas millas de la ciudad de Zaragoza, y cuyos puntos habia ocupado con el grueso de su ejército, batiéndose con nuestras caballerías, que dispuse vinieran á la vanguardia de aquel á una ó dos millas de distancia.

El 16, poco despues de las ocho de la mañana, el enemigo, con fuertes columnas de las tres armas, bien asegurados sus flancos y con todas las precauciones que aconseja el arte, avanzó hácia la plaza por el lado del Este. A los tres cuartos para las nueve de la mañana de ese mismo dia, la cabeza de sus columnas tocaba los suburbios de la hacienda de los Alamos.

A las nueve, un cañonazo disparado en el fuerte de Guadalupe, anunció á la plaza que estaba á sus puertas el ejército invasor. Poco despues ocupó los cerros de Amalúcan y las Navajas, que estaban á sus flancos, para apoyar en ellos sus movimientos, cuyos puntos comenzó á fortificar en el acto, sin que ántes ni despues de esta operacion le fueran disputados aquellos por nuestras fuerzas, por no convenir esto al plan de operaciones que me habia propuesto seguir.

Poco ántes de las once del dia, el enemigo comenzó á prolongar su línea por su derecha, apoyada en el cerro de Amalúcan, y como intentando colocarse al norte de los fuertes de Loreto y Guadalupe.

A la una de la tarde, la columna que protegió á la van-

guardia la prolongacion de la línea, hizo alto en la hacienda de la Manzanilla, en cuyo punto quedó apoyada su derecha.

Cuatro horas despues, el enemigo desprendió de sus campamentos tres columnas con tiradores á su frente, y con direccion al fuerte de Guadalupe, haciendo alto al pié del cerro en que se hallaba colocado aquel. Las columnas permanecieron hasta la entrada de la noche, en el punto en que hicieron alto.

Por si tuviera por objeto este movimiento descubrir el alcance del cañon de la plaza, mandé que éste permaneciera en silencio mientras el enemigo no hiciera un movimiento formal. La plaza continuaba con la mayor calma sus obras de zapa, teniendo las tropas que la guarnecian, colocado en pabellones, su armamento.

Durante la noche de ese dia no ocurrió novedad alguna, y el enemigo permaneció en los puntos que ocupaba durante el dia, sin avanzar su línea por su frente ni prolongarla por sus flancos.

De una manera detallada y minuciosa dí el parte al supremo gobierno de todo lo ocurrido la noche y dia que dejo citados, por medio de mensajes telegráficos que remití, dándoles un carácter oficial. Esos documentos se publicaron en los diarios que entonces veían la luz en la capital de la República. [1]

[1] "Puebla, Marzo 16 de 1863.—Recibido en México á las ocho y cuarenta minutos de la mañana.

Señor ministro de la guerra.—El enemigo avanza hácia la plaza, con fuerzas de las tres armas.

Ya se acerca á la hacienda de los Alamos. Son los tres cuartos para las nueve de la mañana.—*Ortega.*"

"Puebla, Marzo 16 de 1863.—Recibido en México á las nueve de la mañana.

Señor ministro de la guerra.—Son las nueve de la mañana y la fortaleza de Guadalupe anuncia con un cañonazo que el enemigo está al frente de la plaza.—*Ortega.*"

Fuerte de Guadalupe.—Recibido en México á las diez de la mañana.—Señor ministro de la guerra.—El enemigo se ha posesionado

A las primeras luces de la mañana del día 17 se dejaron ver por las lomas de la Uranga, las columnas del cuerpo de ejército del Centro que mandaba el señor general Comonfort, por cuyo punto indiqué á dicho señor general la noche anterior, que sería conveniente se situara, para envolver al enemigo por uno de sus flancos, en el caso de que atacara rudamente á los fuertes de Loreto y Guadalupe en columna cerrada, y sin mas apoyo que su arrojó, su artillería y sus bayonetas.

El enemigo durante ese día no hizo otra cosa que prolongar un poco mas su línea por su izquierda y derecha, apoyando su movimiento en fuertes columnas de las tres armas. Su marcha la ejecutó lenta y pausadamente y con todas las precauciones de guerra. La prolongacion de la línea por su derecha no la comenzó á verificar sino en las últimas horas de la tarde, para ocultar sin duda el objeto de su movimiento. En la noche de ese mismo día di aviso al señor general Comonfort de los puntos que ocupaba el ejército frances.

La noche se pasó sin novedad.

de los cerros de Amalúcan y las Navajas, que se hallan frente al fuerte de Guadalupe: por el centro y camino real vienen avanzando hácia la plaza las columnas de infantería.

Fuerte de Guadalupe, á las diez de la mañana.—*Ortega.*"

Fuerte de Guadalupe.—Recibido en México á las diez y cincuenta minutos de la mañana.

Señor ministro de la guerra.

Van á ser las diez y media de la mañana.

El enemigo ha hecho alto, y parte de él toma como por su derecha volteando el cerro de Amalúcan, rumbo á la Malintzin.

El resto queda tendido en columnas sobre el camino real. Creo que ahí solo piensa establecer su campo, segun lo que está indicando su movimiento, á menos de que en la tarde de hoy no avance y emprenda el ataque.

Toda la plaza está lista. La línea de los cerros, encargada á los generales Berriozábal, Gayoso, Diaz é Hinojosa, continúa en los trabajos de fortificación, con la mayor calma, teniendo al frente de las obras su armamento en pabellones.

Lo mismo dejé á la reserva general, al mando del general Negrete, en el centro de la plaza. Todo, pues, está en calma, pero todo preparado para resistir el ataque.—*Ortega.*"

Todo lo ocurrido en las veinticuatro horas anteriores, está bien circunstanciado en los mensajes telegráficos que remití al supremo gobierno, y que tambien he visto publicados en los diarios referidos. [2] (V. la pag. 33.)

El día 18 continuó su movimiento en los términos que lo hizo los días anteriores. A las doce del mismo día tocó el camino de México, cortando el alambre telegráfico que comunicaba á esta última ciudad con la de Zaragoza. Poco despues ocupó el cerro de San Juan, sin que se le disputara por fuerza alguna de las nuestras, porque aquel punto no habia sido fortificado, y se encontraba por lo mismo, abandonado enteramente; pues si bien dicho cerro es una posicion ventajosa por su proporcionada elevacion y por hallarse un poco avanzado de los suburbios del Oeste de la ciudad, no era posible su defensa, porque para hacerla con buen éxito, era necesario constituirlo en una fortaleza aislada é independiente de la plaza, y con todos los elementos necesarios para su defensa, y la plaza apenas tenia el número de tropas absolutamente indispensable para cubrir su recinto.

"Fuerte de Guadalupe, Marzo 16 de 1863.—Recibido en México á las doce y cuarenta y cinco minutos del día.—Señor ministro de la guerra.—Fuerte de Guadalupe, á las doce y diez y seis minutos.—El enemigo está estableciendo su campamento sobre el camino real de Amozoc, á media legua de la garita y fuera de nuestros tiros de cañon; otro grueso de sus fuerzas corona, como le dije á V., el cerro de las Navajas, izquierda de su campo: otro está á su derecha en el cerro de Amalúcan, y continúa prolongando su línea á la derecha del mismo cerro, é izquierda nuestra, como colocándose al frente y por el Norte de las fortalezas de Guadalupe y Loreto.

Solo estoy inspeccionando ver cual es el punto en que el enemigo apoya su derecha, para bajar á la ciudad en union de los señores generales Mendoza y Paz, que los traigo á mi lado, á uno como cuartel-maestre y á otro como comandante general de artillería, para lo que se me ofrezca. El Sr. general Berriozábal queda en este fuerte, y él mismo me transmitirá por el telégrafo al centro de la plaza, todo lo que ocurra. Los demas generales en sus respectivas líneas.—*Ortega.*"